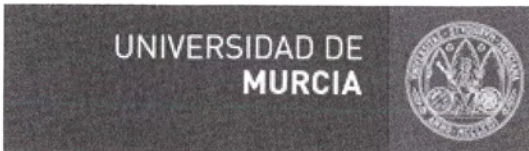
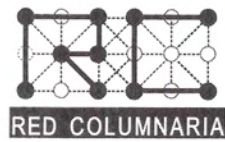


VESTIGIOS

de un mismo mundo





VESTIGIOS

de un mismo mundo



CENTRO CULTURAL CLAVIJERO

Morelia, Michoacán, México

Octubre 2011 · Febrero 2012

GOBIERNO DEL ESTADO DE MICHOACÁN DE OCAMPO

Mtro. Leonel Godoy Rangel
Gobernador Constitucional

SECRETARÍA DE CULTURA

Mtro. Jaime Hernández Díaz
Secretario

CENTRO CULTURAL CLAVIJERO

Vicente Guijosa Aguirre
Director

AECID

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO

D. María Soraya Rodríguez Ramos
Presidenta

DIRECTOR

D. Francisco Moza Zapatero

EXM^o SEÑOR CONSEJERO DE UNIVERSIDADES, EMPRESA E INVESTIGACIÓN
(COMUNIDAD AUTÓNOMA DE LA REGIÓN DE MURCIA) Y

PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN SENECA

Sr. Dr. D. José Ballesta de Germán

UNIVERSIDAD DE MURCIA CAMPUS MARE NOSTRUM

Sr. D. José Antonio Cobacho Gómez
Rector Magnífico

EL COLEGIO DE MÉXICO

Dr. Javier Garcíadiago Dantán
Presidente

EL COLEGIO DE MICHOACÁN

Dr. Martín Sánchez Rodríguez
Presidente

COORDINADOR DE VESTIGIOS ESPAÑA

Dr. José Javier Ruiz Ibáñez

COORDINADOR DE VESTIGIOS MÉXICO

Dr. Óscar Mazín Gómez

COORDINACIÓN DEL CATÁLOGO Y LA EXPOSICIÓN

Dra. Nelly Sigaut

ASISTENTE DE INVESTIGACIÓN Y DE EDICIÓN

L.S.C. Erika Velasco

MUSEÓGRAFO

Pedro Cervantes Saavedra

DISEÑO DE CATÁLOGO

Vicente Noyola Villanueva

FOTOGRAFÍAS

**Bernardo García, Magdalena Vences, Víctor Gayol,
Guillermo Wusterhaus, Ricardo Barthelemy, Tania Duarte Peñaloza.**



CONTENIDO

PRESENTACIÓN

8

Vestigios y continuidades en señoríos, pueblos y municipios

Imágenes para reflexionar

BERNARDO GARCÍA MARTÍNEZ Y

GUSTAVO MARTÍNEZ MENDOZA

14

Los pueblos desaparecidos de la Depresión Central de Chiapas

JUAN PEDRO VIQUEIRA

34

Adivinación y medicina tradicional entre los indios de Oaxaca.

San Felipe Usila, Valle Nacional y San Juan Guichicovi.

VÍCTOR GAYOL

60

Cinco de Mayo: festejo de los naturales de la Sierra norte de Puebla

ALICIA AZUELA DE LA CUEVA

78

Agua y sistema agrícola en los pueblos huerteros americanos

MARTÍN SÁNCHEZ RODRÍGUEZ

96

Indios, orden social y padrones del sagrario metropolitano de México

OSCAR MAZÍN

112

Las fiestas en los pueblos de Michoacán

NELLY SIGAUT

126

VESTI

GLOS



SIGAUT



Las fiestas en los pueblos de Michoacán

NELLY SIGAUT
CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
EL COLEGIO DE MICHOACÁN

Para una mirada obnubilada por la ortodoxia, podría parecer frívolo hablar de estos temas cuando la realidad exhibe sin pudor la violencia de la lucha contra el narcotráfico; la infiltración de esos dineros sucios en las organizaciones políticas y del aparato de justicia; una legalidad en vilo a pesar de la permanencia de las estructuras del estado; las ideas y los proyectos políticos de gran envergadura ausentes del debate nacional y la quiebra del sistema de valores democrático y republicano que se amasó con guerras internas y externas y trabajo duro desde el siglo XIX.

A pesar de esto, a pesar de esta abrumadora realidad que nos sobrepasa, o por eso más que nunca, hay que volver a los debates básicos de nuestra cultura. Las corrientes historiográficas más activas en la actualidad luchan por la activación de miradas globalizadoras, desde la perspectiva de las interacciones y relaciones transnacionales, con la intención de superar los límites impuestos por la historia nacional que en cada país ha resultado hegemónica desde el siglo XIX. Sin embargo, todavía con frecuencia los límites político administrativos se imponen a las complejas realidades de base que conforman los problemas históricos.

En cambio, las fronteras identitarias, conformadas por complejos sistemas culturales que están más allá de los límites político-administrativos de nuestros países, regiones de las cuales el patrimonio forma parte sustantiva, son una cuestión de prioridad estratégica. Frente a la globalización masiva parece absurdo hablar de identidades culturales, pero creo que el reconocimiento de las grandes regiones culturales que constituyen nuestros paisajes, parece una salida posible al debate entre los fundamentalismos étnicos, los nacionalismos silvestres y la globalización.

Las fiestas y celebraciones en nuestros pueblos y comunidades no hacen más que exhibir muchas de nuestras más profundas contradicciones: la alegría y la pobreza; el

intento de perpetuar tradiciones en medio de condiciones extremas de expulsión hacia otras realidades, mientras al mismo tiempo sufrimos el impacto de la penetración lacerante de esas otras distintas circunstancias culturales y sociales.

“Tradición - escribió Gadamer- es sólo el nombre común para los respectivos textos singulares”, en el más amplio sentido de la palabra texto, que incluye tanto un cuadro, como una construcción, como un proceso natural y diríamos, también una comunidad en fiesta. La transformación de la fiesta en un texto que sea comprensible, requiere que nos hable. Para esta exposición “Vestigios de un mismo mundo” he seleccionado una muestra de imágenes que tiene esa condición parlante, una dimensión comunicativa que tendrá sentido en su encuentro con una conciencia que comprenda su valor.

El regocijo popular, considerado como un fenómeno social total, tiene tantas posibles miradas que resultan casi inabarcables en estas pocas páginas. Tampoco es mi intención hacer para este catálogo un exhaustivo recuento historiográfico. Tal esfuerzo rebasaría con mucho los límites propuestos cuando quisimos mostrar de otra manera esos “vestigios”.

Tras las huellas de las fiestas

La palabra vestigio deriva del latín *vestigium* que se traduce como la huella que deja el pie al pisar. Nada más cerca de las fiestas que están pobladas por pasos de procesiones, de bailes, de búsquedas, de regresos, de caminos recorridos una y otra vez con tenaz insistencia. Pero *vestigium* no se refiere solamente a la marca que deja el pie en la tierra sino también al indicio de que alguien había caminado por allí, lo mismo sucede con el acercamiento a las fiestas de nuestros pueblos michoacanos, donde además de los ecos de lejanas tradiciones, se encuentran las presencias contemporáneas que van creando nuevas formas de sociabilidad y maneras de expresarlas.

Nuestras fiestas son, entonces, las huellas en los caminos recorridos, los indicios de tierras ya pisadas. Gran parte de las celebraciones de nuestros pueblos hunden sus raíces en el ciclo festivo litúrgico católico, nacieron en el ritmo del tiempo sagrado. Es casi innecesario decir que las fiestas seculares que se fueron añadiendo con el correr de los acontecimientos de la nación, formaron nuevos imaginarios, tan o más intensos que los religiosos y utilizaron el mismo equipamiento festivo (luminarias, cohetes, música, desfiles, máscaras y disfraces) al que añadieron la imagen y representación de los iconos del discurso patriótico (banderas, héroes de las gestas de independencia, colores nacionales, elementos guerreros, representaciones de los pueblos originarios y de las mezclas locales).

Los cronistas de las distintas órdenes religiosas involucradas en el proceso de evangelización de los enormes territorios americanos, desde fechas muy tempranas pusieron en relieve el valor de la fiesta. Sin embargo junto con esta actitud de admiración por todo lo que en ellas sucedía y el derroche de imaginación con el que se expresaban, surgió la necesidad de normarla. De manera temprana fue el arzobispo de México fray Juan de Zumárraga quien manifestó con claridad sus primeras dudas y preocupaciones en torno a las expresiones festivas de indios y españoles en la ciudad de México. Unos y otros hacían gala de actitudes, bailes, disfraces y máscaras, transgresiones e inversiones del orden, que al severo franciscano le parecieron censurables.

Como ha demostrado ampliamente Alberto Carrillo Cázares, fue en los dos primeros concilios de la iglesia mexicana (1555 y 1565) donde se expresaron las censuras a las fiestas, bailes y música, manifestaciones que, por otra parte, habían sido impulsadas por las órdenes religiosas. Este espíritu restrictivo no aplicó solamente a las decisiones conciliares americanas y a la participación de los nuevos cristianos en su espectro festivo. Desde Roma por voz de algunos de sus pontífices también se censuró la amplitud de dicho calendario y lo que veían como una creciente profanidad del ciclo festivo litúrgico.

El ciclo católico, básicamente está organizado en torno a la figura de Dios, la Trinidad y Cristo y los principales acontecimientos de su vida, pasión, muerte y resurrección. A este ciclo se le sumaron las fiestas de los santos y las marianas, cada vez más importantes, en particular en el mundo hispánico.

Esta necesidad de normar, reprimir y censurar que tuvo la iglesia de los primeros años, continuó durante el siglo XVII, en el caso michoacano por mandato de fray Marcos Ramírez de Prado (1640-1666) quien encarnó la figura del prelado postridentino, de igual modo que don Juan de Palafox y Mendoza (1640-1649) lo fue para el obispado de Puebla. Ambos trataron de imponer un nuevo orden que se había establecido en la iglesia católica desde 1563, emanado del Concilio de Trento, cuya aplicación en América fue más lento de lo esperado debido a las particulares condiciones de estos territorios: la población original y su evangelización por medio de legiones de frailes regulares que ocuparon las funciones parroquiales y de este modo modificaron el perfil de relaciones entre clero y obispos.

Don Juan de Ortega y Montañés (1684-1700) desde la sede de Michoacán continuó con la actividad reformadora en torno a las fiestas. Todos apuntaban hacia lo mismo: los bailes y cantos en las puertas de las iglesias durante toda la noche, el exceso

de alcohol y el agobio de los gastos aun cuando no saliera de la bolsa del cura sino de los mismos pueblos. Debo citar nuevamente a Alberto Carrillo Cázares quien publicó la *Relación de Aranza* donde un cura beneficiado, Juan Rodríguez Laín Calvo de Mendoza, criticaba en 1680 los abusos del alcohol y de los gastos en las fiestas de Corpus Christi y los santos patronos en la sierra michoacana.

Es cierto que la fiesta de Corpus Christi, cuya antigüedad se remonta al siglo XIII, fue un espacio de representación de la sociedad conformada por sus distintos estratos, grupos organizados en gremios por oficio, cofradías, los diversos tipos de clero, en torno al Santísimo Sacramento. También puede demostrarse que luego del orden procesional, comenzaba el ritmo de la fiesta popular, el baile y las comedias. Un ejemplo de este sistema lo representa en la región el pueblo de Tarecuato, antigua fundación franciscana donde todavía entran los barrios en orden a ofrecer el producto de su trabajo, antes de que comience la fiesta y el baile en el atrio de la iglesia.

Uno de los puntos en los que insiste la citada *Relación de Aranza*, es en los excesivos gastos que produce una fiesta, como el alquiler de vistosos trajes y caballos para la danza de moros. Dicho gasto en la renta de los caballos todavía se hace en el siglo XXI como se hacía en el XVII, porque las representaciones de la danza de moros siguen incorporadas a muchas de las fiestas, en particular aquellas que festejan como santo patrono al Señor Santiago (Angahuan, Nurío, Sahuayo entre muchos otros).

En otros pueblos la danza de moros se realiza también como parte de las fiestas patronales: en Charapan para la fiesta de San Antonio (13 de junio); en Cocucho para la de San Bartolomé (24 de agosto); en Ocumicho para la de San Pedro y San Pablo (29 de junio); Huáncito la de San Sebastián (20 de enero), o en Nahuatzen, para la fiesta de San Luis Rey adonde bailan simultáneamente los moros y los soldaditos (26 de agosto).

Se hace evidente para quienes ven la fiesta que se produjo con el correr de los años una modificación en el vestuario de los moros, quienes se reúnen con sus caballos en el atrio de la iglesia, como sucede en Angahuan, como preparación para la batalla simbólica entre moros y cristianos, entre el bien y el mal. (F.1) Ésta se resuelve luego en escaramuzas frente a la imagen del santo hasta que ésta los derrota. La imagen representa al ejército cristiano y todos los participantes son coloridos moros. Sin embargo, en vez de lucir un turbante a la turca, tal como se usaron en el siglo XVI en el sureste de España, llevan un extraño tocado, cónico, forrado en papel plateado, donde se insertan una gran cantidad de flores y moños

de papel, generalmente productos chinos que se han hecho muy comunes en los envoltorios de regalos. El tipo de turbante varía según los pueblos pero en general, se trata de una de las partes de la indumentaria donde hay una mayor concentración de color y abalorios. (F.2)

Serios, muy serios, los moros se cubren con capas de terciopelo del país con bordados que representan a Santiago o a la Virgen de Guadalupe o a otras devociones. Los rostros van cruzados por velos que en algunas oportunidades son reflejo de una de las problemáticas más fuertes en la región, esto es, la migración hacia Estados Unidos. Este éxodo vacía a los pueblos de hombres, quienes en buenas épocas (que no son los últimos años por cierto) se dejan llegar a la fiesta del pueblo para visitar a sus familias y mostrar algo de sus recientes éxitos económicos traducidos en aparatos, camionetas, ropa o dólares. (F.3) La creciente dolarización de la ofrenda al santo patrono compite en muchas oportunidades con las tradicionales flores y frutas de la estación y de la región, naturaleza colorida y desbordada que anuncia prosperidad. (F. 4) Los dólares en billetes cuelgan como otrora corazones, piernas y brazos sanados por la intermediación de la imagen de devoción. Estos reemplazos aspiracionales señalan profundos cambios culturales.

Las danzas de moros y cristianos se realizan en España según algunos autores, desde principios del siglo XV. En muchos casos han sido reinventadas en el siglo XX con un despliegue espectacular de coloridos disfraces y con una multitudinaria participación y un público cada vez mayor. Un ejemplo es la del 9 de octubre, cuando se realiza la fiesta de la conquista de Valencia por los cristianos. Ese día, cientos de moros y moras desfilan por las calles en una algarabía de música y color, frente a unos pocos cristianos que, al final, reciben las llaves de la ciudad. Frente a tantos moros es casi imposible concebir cómo pudo ocurrir la conquista cristiana del siglo XIII. Como parte de la fiesta, el hecho histórico se revierte y el conquistado es numéricamente más importante y se percibe como el alegre triunfador.

En Michoacán, el número de moros y la fuerza de su presencia, tampoco permite presumir su derrota, pero la imagen del santo –Santiago matamoros y mataindios - es la que expresa su poder, se activa y vence. Como dice David Freedberg, “todas las imágenes tienen una función significativa y significativa anterior a su institucionalización. Las imágenes funcionan porque están consagradas pero al mismo tiempo, funcionan antes de estarlo”.

Este poder de la imagen se manifiesta también en la fiesta de Santiago en Sahuayo. (F.5) La imagen de Santiago a caballo, hierática y aislada, emana su potencial capacidad de intermediación desde el alto nicho adonde permanece colocada en la iglesia. Un grupo de

hombres – los Caballeros de Santiago- la baja con gran ceremonia para prepararla para la fiesta y el desfile callejero. Sin embargo, cuando la imagen de Santiago en andas sale a la calle, la procesión se detiene por momentos y es entonces cuando las manos se acercan, la tocan, le piden, le agradecen, y es cuando su poder se activa mediante el tacto.

Toda Hispanoamérica es heredera de una profunda devoción mariana. María es el nombre clave en el largo y difícil proceso de hispanización de los territorios americanos y por lo tanto, de sus habitantes. Para quienes llegaban, era el lazo de unión con la tierra añorada. Los ojos nuevos la vieron como la madre que iba a protegerlos incluso de los invasores desconocidos. Las imágenes de la Madre de Dios señalaron los caminos del poblamiento y marcaron el establecimiento de las primeras frágiles fronteras internas. Se trata de la compleja construcción del vínculo de determinados territorios con una imagen y, como reverso de la misma moneda, la demarcación de una territorialidad a partir de la identificación con una devoción mariana. Si bien este fenómeno no se circunscribe únicamente a Hispanoamérica, este proceso identitario debe entenderse como una de las herencias más notables del mundo hispánico, pues sin duda el culto a María es un rasgo fundamental de la religiosidad peninsular.

Desde la llegada de los españoles a estas tierras, impulsaron la devoción por Nuestra Señora de la Concepción a quien estuvieron dedicadas muchas de las capillas de los hospitales michoacanos. La labor fundacional de Vasco de Quiroga para la iglesia michoacana, dejó marcas profundas, de manera tal que en pocos años, un sucesor, el obispo Juan de Medina Rincón, pudo decir que “en esta provincia usan mucho los indios estos hospitales, en tanta manera que apenas hay un pueblo que tenga veinte o treinta casas que tenga su hospital y se precie de ello”. Sin embargo, como ha observado Benedict Warren, con un profundo conocimiento del tema, no todas las fundaciones se debieron a Tata Vasco, otras posiblemente deberían atribuirse a fray Juan de San Miguel. Las fundaciones tienen en común, como se aseguró en una crónica escrita en 1585 por fray Diego Muñoz, que “todos tienen vocación de la cofradía de Nuestra Señora de la Concepción”. Warren atribuye esta promoción compartida por Vasco de Quiroga y los franciscanos, al pasado familiar del obispo en relación con la Orden de San Juan de Jerusalén que tenía como objetivo la fundación de hospitales y a la procedencia de muchos de los primeros frailes franciscos de tierra gallega, donde, como consecuencia del camino de Santiago, había una consistente tradición hospitalaria.

El arraigo de estas instituciones fue tal, que aun a finales del siglo XVIII cuando los hospitales de indios casi habían desaparecido en todos los obispados, seguían vigentes en el de Michoacán. Esta permanencia se explica, según Sara del Olmo, porque los hospitales de

raigambre peninsular fueron apropiados por los pueblos de indios quienes los transformaron, adoptaron y convirtieron en instituciones flexibles frente a los problemas que tuvieron que enfrentar en el nuevo orden político, económico y social. Además, porque se constituyó una política hospitalaria, compartida por seculares y regulares, a pesar de sus desencuentros en otros temas.

Ya Robert Ricard había señalado que estos hospitales de La Concepción, se habían cobijado bajo esta advocación para compartir los privilegios e indulgencias que se le habían otorgado al hospital fundado por Hernán Cortés. Esta fue una prerrogativa conseguida por Vasco de Quiroga para los hospitales fundados en Michoacán bajo esa advocación. Esta política compartida, los beneficios obtenidos y la continuidad ya señalada, permiten explicar el arraigo de la devoción por María y la importancia que cobran las fiestas que le están dedicadas: su Natividad, la Presentación en el templo, la Visitación, la Asunción, la Inmaculada Concepción y muchos de los títulos de la Virgen (Candelaria, Socorro, Merced, entre tantos otros).

La más venerada imagen michoacana de tradición hospitalaria es Nuestra Señora de la Salud de Pátzcuaro, según la tradición, hecha de caña de maíz y colocada en el altar del Hospital que erigiera don Vasco. (F.6) Su fiesta, que se celebra el 8 de diciembre, comienza desde el 7 con procesión y mañanitas. En la procesión participan niños y niñas vestidos de ángeles, santos y vírgenes. Su relación con la ciudad desde el siglo XVI así como su reconocida fama en beneficio de la salud física, le dio tempranamente el título de “Salud de los enfermos”. En el siglo XVII el cronista Francisco de Florencia recogió la organización procesional que habían adoptado los naturales que llegaban cada semana, a atender a los enfermos.

En algunos pueblos la fiesta de la Concepción se celebraba en diciembre, exactamente el 24 en coincidencia con la Nochebuena. En Cocucho la fiesta se ha convertido en una convocatoria regional, con la participación de otras comunidades como Corupo, Paracho, Pamatácuaro, Patamban, Pomacuarán Sevina, Arantepacua, Turícuaro, que llevan pastorelas que se presentan frente a la iglesia, con su banda de música. No se puede señalar como el único caso, estas concentraciones a partir de las fiestas patronales en muchos casos pueden reconocerse como el inicio de los grandes mercados regionales, donde se producían los intercambios de mercancías y artesanías.

La celebración de Cocucho, donde también hay danzas de viejitos que llegan de diversos pueblos con sus bandas de música, se “movió” para el 28 de enero porque es

cuando concluyen las actividades agrícolas. El pragmatismo de los pueblos, más allá de ritos y ceremonias establecidas, es otro de los rasgos comunes, de los vestigios que ya he señalado en trabajos anteriores.

En la fiesta dedicada a su patrono San Luis rey en Nahuatzen, (F. 7) se destaca la danza de “Los soldaditos”. Estos son niños pequeños que van vestidos de soldados, en una curiosa interpretación de los trajes de las tropas francesas en la invasión del siglo XIX, que seguramente impactaron en la región y de algún modo se “actualizaron” en las ceremonias y bailes ante el santo rey francés. Del sombrero militar de los niños cuelga un velo que cae sobre la espalda, seguramente reinterpretando las capas de los soldados invasores. La danza de los soldaditos ya se ha incorporado a otras fiestas, como la de San Francisco en Ihuatzio (4 de octubre).

En la fiesta de Año nuevo (el 1 de enero) en los pueblos de Michoacán salen “Los viejitos”. Se trata de un grupo de danzantes con sombreros con listones de colores, llevan máscaras que representan a ancianos arrugados y desdentados, ropa muy bordada, unos huaraches con agregados de madera en las suelas para que repiquen al golpear en el zapateado. La danza de los viejitos se ha convertido en una de las más reconocidas del estado a pesar de que hay una gran coincidencia entre los estudiosos de que se trata de una fiesta que tuvo sus orígenes en el siglo XIX o principios del XX. Como parte del repertorio festivo regional, los viejitos se incorporan a todas las celebraciones, aún las más recientes, como el ciclo guadalupano que culmina el 12 de diciembre en la ciudad de Zamora, en el santuario dedicado a la Virgen de Guadalupe. Importantes antropólogos, como Aída Castilleja, hace la lectura de otro ciclo festivo, tan importante como el otro, pero que responde al ciclo del maíz.

He dejado muchas fiestas en el tintero, pero no puedo cerrar este breve texto, sin hacer algunas observaciones acerca de todo lo que involucra el ciclo de celebraciones en nuestros pueblos, en los cuales conviven antiguas y nuevas estructuras sociales. En la tensión social y política que genera esta convivencia, se encuentran los derechos de las mujeres, de los niños, de los pueblos, al trabajo, a la educación, a la salud, al bienestar.

En las fiestas se revelan esos sectores que se resisten a los cambios o por lo menos que lo hacen con menor rapidez. Exhiben también el difícil equilibrio de la autoridad tradicional en su lucha por sobrevivir y las obligaciones contraídas para lograr un lugar en el espacio social. Las autoridades tradicionales de los pueblos, mayordomos, chichiguas o cargueros, dirimen aún hoy el pleito por los sistemas de representación que consideran ancestrales

formas de celebrar. Según esta particular visión, no se puede quebrantar la costumbre sin perturbar la excepcional relación mantenida por la comunidad con su santo patrono y por penetrar aunque sea por momentos en el tiempo sagrado.

El derecho de los pueblos a manifestarse es inalienable, en la fiesta y en la calle, en lo público y en lo privado. Las formas que asumen las expresiones festivas serán variables en el sentido que las propias comunidades en el ejercicio de su derecho de expresión lo decidan. Nuevas formas de relación entre géneros, nuevas estructuras familiares, el ejercicio democrático como forma de vida en común, educación para pensar con libertad y madurez, permitirán la subsistencia de los valores tradicionales de las fiestas al tiempo que se produzca la necesaria renovación de sistemas de autoridad.



F.1 Interpretación de los turbantes a la moda de principios del siglo XVI. Castello, Comunidad Valenciana.



F.2 Turbantes moros en Ibañeta. Foto: Tania Duarte Peñalosa.



*F.3 San Pedro y la ofrenda de los dólares.
Foto:Tania Duarte Peñaloza.*



*F. 4 La ofrenda de flores y frutas.
Foto: Tania Duarte Peñaloza.*



*F. 5 Santiago de Sabnayo.
Foto: Tania Duarte Peñalosa.*



*F. 7 Los soldaditos de Nabuatzen.
Foto: Tania Duarte Peñaloza.*



*F.8 Virgen de la salud.
Foto: Guillermo Wusterhans*